

### **Astorga: comentarios sobre la ciudad y la cecina**

Todo había comenzado cuatro años atrás. Adal y Radiante, universitarios del cuarto año de ingeniería informática; eran algo más que compañeros de carrera, y quizá también más que buenos amigos. Sencillamente eran dos jóvenes educados en un ambiente familiar de cultura a la libertad, que coincidieron en una etapa esencial en sus vidas: sus estudios universitarios. Se cayeron bien mutuamente y en más de una ocasión habían pasado una noche juntos, bien preparando exámenes, bien examinándose mutuamente..., pero todo sin compromisos y sin ataduras, con total y absoluta independencia el uno del otro.

—Yo, este verano, definitivamente, me voy a hacer el Camino de Santiago —comentaba Radiante a la salida de la Facultad en un corro de compañeros.

—Claro, tú como has aprobado todo, te puedes permitir ese lujo, pero yo, ¿como voy a emplear un mes entero caminando, cuando tengo que preparar las tres asignaturas que me han quedado? —comentaba otra joven.

—El Camino de Santiago no solamente es caminar —intervino Adal—, supone un conjunto de vivencias que se mezclan sin darte cuenta, y que al final, cuando terminas, encuentras que eres otra persona distinta a quien lo comenzó...

—¿Pero tú lo has hecho?

—No completo, llegué hasta Astorga, y de allí regresé a Madrid. Coincidió en unos días en los que se celebraban unas fiestas donde rememoraban unas tradiciones simulando tribus de astures y campamentos romanos. La gente estaba vestida como en aquella época: por la noche la única luz era la de las antorchas del poblado y dormíamos en unas pallozas.

—¿En donde?

—Pallozas, unas construcciones redondas de piedra y con el techo de paja que formaban el “fuerte” donde se defendían de los ataques de otras tribus o de los romanos...; creo recordar que se llamaban “castros”; el caso es que durante una semana no paré de fiesta con gente guapa y además sin gastarme casi un duro. Después de eso, que no lo tenía previsto, se me complicaron las fechas y tuve que regresar...

—Oye, eso que cuentas es muy interesante...

—Pues de Astorga también recuerdo su cecina, un manjar de dioses. La ciudad es pequeña y bonita;

te encuentras restos romanos por todos lados, pero también un palacio que parece de cuento de hadas...

—Tío, nos estás poniendo los dientes largos; dan ganas de ir ahora para allá.

—De todas formas, desde que comienzas en Roncesvalles, cada pueblo o cada ciudad a lo largo del Camino tiene su encanto particular y además te ocurren un montón de anécdotas...

—Oye, eso de la cecina que has comentado antes..., ¿qué es?

—Pues una especie de jamón que en vez de cerdo es de vaca, según me dijeron, y que en Astorga, por su clima frío y seco, es donde mejor se cura; pero de todas formas allí el embutido en general está de vicio; me vendieron un chorizo casero que todavía...

No pudo terminar la frase, Radiante se puso frente a él y espetó lacónicamente:

—¿Cuándo piensas terminarlo?

—Pero si ya lo acabé... Iba a decir que todavía me acuerdo de aquel saborcillo picante...

De nuevo no pudo terminar la frase, Radiante (así era su carácter) volvió a intervenir de forma un tanto impulsiva:

—¡El Camino! ¡Cuando piensas acabarlo! Porque no acaba en Astorga, acaba en Santiago de Compostela...

Fragmento *explorcata* de la novela *Españ@.es*, del autor Antonio J. Nevado \* Edición en Internet \*